

El problema de la lectura

ALFREDO CARBALLO PICAZO

Profesor adjunto de gramática y crítica literaria
Secretario de la «Revista de Filología Española», CSIC

JUSTIFICACION

Hace dos años publiqué en estas mismas páginas un artículo titulado *La lectura y el comentario de textos en el bachillerato* (1963, núm. 155, págs. 119-123). Insistía en él en un hecho sobradamente conocido: lo poco que leen los alumnos de bachillerato: «Nuestros alumnos no leen por la extensión de los programas; por los horarios, recargados con los trabajos en casa; por la competencia, difícil competencia, con el cine, la televisión y los periódicos deportivos, del Oeste o del espacio.» Creo interesante volver sobre el tema. Una encuesta hecha a un pequeño grupo de alumnos de segundo y tercer año, alumnos —luego lo veremos— de características muy peculiares, sobre sus lecturas, me ha animado a escribir este artículo. Se trata de un microensayo, de una cala que nos permitirá radiografiar, en un área limitada, las ideas de unos muchachos. Tal vez el Mediterráneo esté descubierto, pero me parece útil comprobar que está ahí y que seguirá estando mientras no cambien las circunstancias a escala nacional.

¿Encuesta? ¿Entrevista? Aunque no haya que tomar excesivamente en serio, entre nosotros, los tantos por ciento que una encuesta facilita, parece lógico no desprestigiar este camino, tan frecuentado en otros países, para acercarnos a un tema. Ahora, el de la lectura en la edad infantil y en la juvenil o, más exactamente, en la edad infantil. El cuestionario no pretende agotar las posibilidades; no pasa de un intento. Ni el número de las preguntas —40— ni el número de alumnos que contestan —25— permiten ir más allá. Número, sí, insuficiente —preguntas, alumnos— para llegar a conclusiones; acaso no para sentir la urgencia de un problema que exige un serio e inmediato planteamiento.

CIRCUNSTANCIAS

1. LA EDAD

Hemos prescindido en la encuesta de los alumnos de primero, que están muy cerca de la escuela todavía; entre el chico de primero y el de segundo hay diferencias perceptibles: el de segundo ya se ha habituado, casi siempre, a la variedad de profesores en lugar de un maestro único y a la mayor libertad que tiene en el ba-

chillerato. No hemos tenido en cuenta los alumnos de cuarto, al borde la reválida, en una etapa de crisis, camino del bachillerato superior, y tampoco los preus, a dos pasos de la universidad. Comentaremos en otra ocasión los resultados de la encuesta con alumnos de quinto y sexto. Podremos formar dos grupos homogéneos o casi homogéneos: alumnos de once y doce años, lectores de libros infantiles, y alumnos a los que debe interesar la literatura juvenil por su edad: catorce y quince años. Quede, insisto, para otra ocasión el estudio del segundo grupo.

2. LA FAMILIA

La edad es una circunstancia fundamental; no deben olvidarse otros factores decisivos en el planteamiento del problema: el ambiente familiar y, como índice de éste, la profesión del padre. Mera señal, claro, pero a la que hay que conceder, en principio, una atención especialísima. Los padres de nuestros 24 alumnos —uno no contesta— se reparten así: nueve ingenieros, seis abogados, un diplomático, dos comerciantes, un industrial, un arquitecto, un aviador, un editor, un profesor de Filosofía —su hijo seguirá la carrera de ingeniero—, uno se dedica a su finca. Es posible que alguno conteste sin la debida exactitud; acaso, por ejemplo, el último de la serie tenga el título de ingeniero agrónomo. Eliminados los casos dudosos, de los 24 padres, el 75 por 100 ha pasado por la universidad. El tanto por ciento es muy elevado; sus hijos asisten —hasta ahora no lo hemos dicho— a un colegio particular inaccesible, por motivos económicos, para muchos chicos.

Una referencia indirecta: según el informe de Cáritas para el Plan de Comunicación Cristiana de Bienes, de la población total de nuestro país, más de los dos tercios (20.287.723) no tiene otros estudios iniciados y realizados que los primarios, y sólo un millón y medio de personas poseían estudios de carácter medio o los habían iniciado en 1960. De un total de más de tres millones de personas comprendidas entre los dieciocho y veinticuatro años, estudian unas 120.000.

Una comparación más concreta: de 25 alumnos —escogidos por orden alfabético— de un segundo año de un instituto nacional de enseñanza media, sólo el 40 por 100 de sus padres han pasado por las universidades; es decir, casi la mitad de los padres de nuestros alumnos.

LA COMPRA DE LIBROS

No llevaría mucho tiempo reunir una docena de textos de observadores excepcionales de nuestra sociedad sobre lo poco que se lee en España. Volvamos a los números. Según los datos del *Anuario* del Instituto Nacional de Estadística de 1962, el total de librerías existente en España era de 2.763, de las cuales 2.131, de libros nuevos; 511, de usados, y 121, de centros de enseñanza. Partiendo de 2.131 y de la población censada el 31 de diciembre de 1960—30.903.137—, se llega a que existe una librería por 14.971 habitantes. En Madrid, por cada 7.320; en Almería, por cada 36.077, y en Cuenca, por cada 28.675. La estadística, con todas sus imprecisiones, es aleccionadora.

Un 70 por 100 de nuestros alumnos contesta afirmativamente a la pregunta de si conocen librerías de Madrid. Ese tanto por ciento—no olvidemos que tienen once y doce años—resulta muy alto. Pero el número queda pronto disminuido al ver qué librerías conocen los que recuerdan—no muchos—el nombre de la librería. No se trata de librerías-librerías, sino de papelerías, en donde los libros, junto a los cuadernos, las cajas de pintura, desempeñan un papel casi de «extra». Y confirman este descuento las contestaciones a la pregunta siguiente: ¿Has estado en la librería Aguilar? Aguilar publica colecciones de libros infantiles y juveniles tan conocidas como las series *Globos de colores*; muchos de nuestros alumnos viven en el barrio de Salamanca o cerca de la avenida del Generalísimo. Sólo nueve han estado en alguna de las librerías Aguilar. Es un dato de valor relativo: pueden leer, y leer mucho, sin conocer personalmente librerías madrileñas. Pero ¿no convendría que, con su familia, se fuesen acostumbrando a visitarlas y a la aventura, auténtica aventura, de elegir un libro? ¿No se despertaría así en ellos el interés por alcanzar, de un estante, el libro con lomo multicolor o por separar, de un montón, el libro de portada sugestiva?

La mayoría de los niños españoles no disponen de dinero para comprar libros. ¿Cuestan demasiado? Ejemplos concretos: La serie *El Globo Rojo*, para niños de hasta siete años, oscila entre 50 y 150 pesetas, con predominio de 90; la serie *El Globo Azul*, para ocho-diez años, entre 90 y 150, con ventaja para los de 150; en la serie *El Globo Verde*, para once-trece años, los precios van de 150 a 200; en la serie *El Globo Amarillo*, catorce-dieciséis años, de 60 a 200. La serie de iniciación literaria tiene un precio único: 125 pesetas. Los conocidos cuentos de Elena Fortún valen 80 pesetas cada uno. Claro: para otros libros no hay que pagar tanto. Pero no nos hagamos ilusiones: la mayoría de los padres no dan o no pueden dar a sus hijos ni las 15 ó 20 pesetas que cuesta un cuento, un vulgar cuento, un modestísimo cuento, en mal papel, con pobre impresión y una portada en rústica.

José A. Pérez Rioja (1) ha recordado una estadística desconsoladora hecha en Barcelona con más de 16.000 niños y niñas. En el 41,5 por 100 de las casas hay menos de 25 libros (incluidas las cartillas y las enciclopedias); el 46 por 100 de los niños y niñas contesta que su primer libro leído ha sido la cartilla escolar; el 56 por 100 ha recibido sólo un libro como regalo en Navidad o en Reyes; el 25 por 100, el día de su santo.

En el presupuesto de muchas familias españolas falta la partida «libro». ¿Se trata sólo del factor negativo del precio? Si no se compran, en la mayoría de los casos, al menos en la clase media o en la clase baja-media, es porque nadie de la familia siente la necesidad de comprarlos. «Un libro, por término medio, vale lo que una butaca de teatro (bastante menos que dos o tres butacas, pudiendo disfrutarlo varias personas), y muchísimo menos que una entrada para el fútbol o los toros. Y el público las paga sin regatear. Luego no es el precio del libro el que levanta esa muralla invisible entre el escritor y sus posibles lectores» (2). «Mientras se regatea el precio de «un libro al año», se acude todas las semanas a costosos espectáculos del músculo en un país donde no se practica el deporte; mientras las bibliotecas están vacías, se llenan, se abarrotan los bares, las salas de fiestas y toda clase de centros de distracción, en un país que necesita no ya avanzar sin pausa, sino correr hacia adelante sin descanso» (3).

Nuestros alumnos, afortunadamente, no tropiezan con dificultades económicas para comprar libros. Casi siempre es la madre o el padre el que los regala al muchacho. Trece reconocen la influencia del padre o de la madre en materia libro—con clara desventaja para la madre—; muy tímidamente aparecen la abuela y el profesor como factores influyentes en la compra de libros. La mayoría de los chicos—sólo cuatro contestan «no»—compran libros con dinero que les dan con esa finalidad concreta. ¿Cuánto de la paga total destinan a libros? Se trata, naturalmente, de cantidades aproximadas. Calculan la mitad cinco; seis, la tercera parte; siete responden: «nada». Creo, sin temor a equivocarnos, y dado que 10 de los 25 incluyen las revistas en la literatura infantil y juvenil, que podemos llegar a la conclusión no muy optimista de que menos de la mitad de nuestros alumnos sienten la necesidad de comprar libros, libros de verdad.

Tienen libros en biblioteca suya 19, cantidad nada despreciable. ¿Se trata de una biblioteca activa o de un elemento de adorno en el cuarto del niño? No habría duda si el muchacho fuese él mismo quien, de su dinero, comprase los libros.

Todos contestan «sí» a la pregunta: Tu padre, ¿tiene muchos libros? En la especificación de la

(1) JOSÉ A. PÉREZ RIOJA: «Literatura y publicaciones para niños y adolescentes». *Revista de Educación*, 1965, número 168, p. 58.

(2) DOLORES MEDIO: «El lector». *Arriba*, 21 de marzo de 1965.

(3) ANGELO MARÍA DE LERA: *ABC*, 14 de enero de 1964.

materia, no faltan respuestas curiosas: «Si, tiene muchos del Oeste, de Derecho»; «papá tiene muchos libros de todo»; «sí, mi padre tiene dos librerías de libros»; «de todo»; «demasiados de Derecho». Pero a la mayoría le impresiona demasiado la especialización. ¿Acaso no hay en esas bibliotecas—con libros de Derecho, de ganadería, de barcos, de medicina, de física, etc.—libros apropiados para los muchachos? La mayoría de los chicos no lo sabe; sólo hablan de una materia o de dos muy concretas, de acuerdo con la profesión del padre. ¿No habrá en esos estantes tan repletos de libros técnicos alguno con tomitos de la colección *Araluce* o de la *Biblioteca Literaria del Estudiante*, dirigida por Menéndez Pidal? Al parecer, las visitas a la biblioteca del padre no son todo lo frecuentes que deberían ser.

Menos un muchacho, todos afirman que su padre o su madre saben qué libros leen. Salvo cinco, que contestan con «nadie» a ¿comentas con alguien lo que piensas de los libros?, los demás especifican: con mis hermanos, con mis padres, con mis amigos. Importa saber—elemental labor de policía—qué libros están en las manos de los hijos, pero también qué impresión les causa su lectura. A ninguno de los alumnos se le ha ocurrido escribir esa impresión; parece recomendable que el padre, la madre, los hermanos, los profesores contribuyan eficazmente a orientar las lecturas del muchacho: se trata, sí, de leer, de darse cuenta de lo que se ha leído y de referirlo a un sistema elemental de valores. Y ahí el niño necesita una mano que le ayude, una voz que dialogue con él y le lleve a pensar para que, más tarde, converse consigo mismo.

QUE QUIEREN SER NUESTROS ALUMNOS

¿En qué medida los libros orientan la vocación del alumno? Once y doce años es una edad demasiado temprana para contestar a la pregunta «¿qué quieres ser?». «El joven—decía Marañón—sólo se fija en el ruido y en el color de fuera, no en la realidad auténtica. Desde la niebla, el niño no puede distinguir, salvo casos excepcionales, la meta a la que se dirigirá. «Ser militar es, para el joven, desfilarse en la parada con un gran uniforme y, con un solo gesto, mandar. Ser ingeniero es recibir la gloria oficial y los aplausos de la multitud en ese día solemne—que vemos en los grabados—en que se abren las esclusas del gran istmo que une dos mares. Ser médico es recorrer la ciudad en un automóvil confortable, recogiendo en cada casa, con el pingüe emolumento, la gratitud del ser que ha sido arrancado de la muerte» (4).

• De los 25 alumnos, sólo uno contesta «no sé»; el padre de este alumno es editor. Los otros 24 res-

ponden: médico, dos; ingeniero, diez; abogados, cinco; arquitectos, tres; militar, uno; aviador, uno; agente de Bolsa, uno; director de hotel, uno. Trece muchachos escogen la misma profesión que el padre; once, distinta. Tres muchachos con padre abogado prefieren una escuela especial de ingeniería o arquitectura. Nadie ejerce la medicina en casa de los que piensan estudiarla.

El recuento de las profesiones hacia las que nuestros alumnos se inclinan confirma un hecho suficientemente conocido: el predominio, abrumador, de las ciencias sobre las letras. ¿Puede relacionarse este dato con la afición o escasa afición por la lectura? Todo intento de generalización precisa una elemental cautela. Pero ¿cuántos de nuestros amigos, ingenieros ya, reconocen que los años de pre ingreso en la escuela les han impedido leer? Si el alumno se decide por una carrera de ciencias, muchas y diversas circunstancias le alejarán de los libros, al menos hasta terminada la carrera. Hay excepciones y no hace falta insistir en ello. Aunque estas vocaciones tempranas hayan de considerarse con reservas, no podrá olvidarse el dato en el balance último de las causas de que nuestros alumnos lean poco o no lean.

LOS PELIGROS DE LA LECTURA

Insisto: la antología de textos sobre la escasa afición del español medio por la lectura es abrumadora, aplastante. Hace unos meses *Arriba* preguntó a Federico Carlos Sáinz de Robles, José Manuel Sierra—director de Radio Juventud de España—y a José Ramón Aguado—vicepresidente de Afrodísio Aguado—: «La lectura es, posiblemente, el vehículo más importante de cultura. Teniendo esto en cuenta, ¿cree usted que el español medio lee lo suficiente?» Y la contestación, en los tres casos, fué la misma: un categórico «no». Sáinz de Robles va más allá: «No es lo grave que el español medio lea poco, sino que el español que se las echa de culto y que ocupa importantes cargos tampoco lea ni lo imprescindible» (5). Esto nos recuerda a Unamuno: «Lo malo es—y esto, aunque se ha referido mucho entre nosotros conviene repetirlo aquí una vez más—que no tenemos sino una enorme masa de plebe intelectual y una muy escasa aristocracia de la misma especie. Nos falta clase media de la cultura; nos falta algo así como una burguesía del espíritu deseosa de ilustrarse» (6). Si se tiran pocos libros, tienen que costar caros y pocos los compran; si los compran pocos, el editor no se arriesga. En 1959 nos superaron Polonia y Holanda, con 6.663 y 8.588 libros, respectivamente, editados al año; España no llegó a los 5.761.

Se lee poco, muy poco. El español siente—en

(4) GREGORIO MARAÑÓN: *Vocación y ética y otros ensayos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1947, pág. 41.

(5) *Arriba*, 7 de febrero de 1965.

(6) *Soliloquios y conversaciones*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, págs. 133-4.

general, claro—escaso interés por la lectura, escasísima curiosidad por la ciencia y la técnica. El fenómeno sólo puede explicarse desde la sociología. «En pueblos de veinte mil habitantes no alcanza el medio millar el número de periódicos que se absorben. Todo «film» u obra teatral que envuelve una preocupación es tachada mayoritariamente de «petardo». Lo que más interesa es la violencia, sobre todo en su aspecto físico; la procacidad o la evasión. Y no se diga que es tan sólo el llamado estado llano el que vuelve la espalda a las inquietudes de tipo superior, sino que es todo un pueblo el que acampa en el pantano de la mediocridad, de la chismorrería y la banalidad» (7).

Se leía poco. ¿Se lee ahora menos? ¿Qué nuevos peligros amenazan la lectura? ¿La radio? ¿La televisión? ¿El fútbol? ¿Las revistas infantiles? En el caso del estudiante de bachillerato, ¿el excesivo horario de estudio? «El cine, la radio, la televisión, la práctica de los deportes y la vida moderna, que obliga a comer en pie entre dos trabajos y a perder muchas horas (en otra época dedicadas a la lectura reposada y tranquila), en las paradas de los autobuses y en el recorrido de los largos trayectos—contesta Dolores Medio—son enemigos mortales del libro» (8). Empecemos con las revistas infantiles.

1. LAS REVISTAS INFANTILES

Uno de los mayores peligros que amenaza a la lectura es la revista, con muchos dibujos y poco texto; folletines en tono menor atraen a los niños y a los muchachos de todos los países y de cualquier condición social. Los puestos de periódicos las sujetan, con pinzas, en escala multicolor; a veces, en una esquina del «metro», se ofrece la mercancía a posibles lectores de estación a estación—¡y vaya si los hay!—, y no faltan tiendas que compran, venden y cambian «Hazañas bélicas» o «Relatos de guerra». Los niños y los muchachos se fijan en los dibujos; no suelen, por fortuna, prestar atención a las nubecitas que descansan sobre la cabeza del que habla. Existe una industria nacional para el mercado interior. A. Manent recordaba hace poco el auge de las revistas infantiles en Barcelona. Barcelona edita el 60 por 100 de las revistas infantiles españolas; en un siglo han aparecido allí unas 200 (9). Concluye Manent: «Hay que abrir otros cauces para que los niños encuentren en todas sus revistas algo más que un motivo de estúpida risa.» Muchas voces han dado la señal de alarma (10). La

(7) ANGEL MARÍA DE LERA: «El eclipse». ABC, 14 de enero de 1964.

(8) Artículo citado.

(9) ABC, 16 de febrero de 1965, pág. 47. Remite al estudio de MARÍA TERESA ROVIRA: *La revista infantil en Barcelona*.

(10) «En la falta de contenido, de buen gusto y de equilibrio que caracterizan hoy en general a estas publicaciones es donde radica, en la más amplia extensión y en mucha mayor profundidad de cuanto se cree, el más agudo problema creado en torno a la lectura para la infancia y la adolescencia». JOSÉ PÉREZ RIOJA, artículo citado, pág. 161.

industria nacional no abastece el mercado interior y necesitamos importar revistas infantiles de Hispanoamérica, de Méjico y de Argentina sobre todo.

Los títulos de las series ofrecen pocas diferencias y son sintomáticos: *Hazañas bélicas*, *Relatos de guerra*, *Supermán*, *Hazañas del Oeste*, *Brigada secreta*, *El príncipe de las brumas*, *El capitán Trueno*, *Flecha Roja*, *Comic-Boy*, *El hombre enmascarado*, *Flash Gordon*, *Rip Kirby*, *Julietta Jones*, *Texas Ranger*, *Porky*, *Roy Rogers*, *Tarzán...* Japoneses y norteamericanos, alemanes y franceses e ingleses todavía combaten a muerte en esas páginas de dudosa ejemplaridad. Aunque al final suelen triunfar el valor y la honradez, el triunfo llega demasiado tarde, como en las películas de James Bond. Los niños difícilmente olvidarán el directo a la mandíbula o el puntapié en el tobillo. El héroe se enfrenta con sus enemigos, uno tras otro, y los vence, uno tras otro. A veces el episodio no termina en el número, y el niño o el muchacho esperan intranquilos, igual que nuestras abuelas las entregas de Fernández y González, hasta la semana siguiente, por la suerte del héroe, en peligro el viernes o el sábado.

Tengo delante una revista para los jóvenes; la estaba leyendo en un estudio uno de mis alumnos de segundo curso. Título: *A puñetazo limpio*. Los héroes son Roberto Alcázar y Pedrín. En la portada, una feroz lucha entre cinco personajes. Entramos en materia en seguida: reunión de técnicos, un satélite con sistemas maravillosos de recepción y transmisión, una llave robada, la de la conexión directa... Y Roberto Alcázar y Pedrín, solicitados por Ernest Henn, participan en la aventura con métodos eficaces: puñetazos, puntapiés, llaves, sillas, torturas a base de cosquillas... Y en las nubecitas, con letra primorosa: «No convenía que hubiesen dos»; «Nos faltan visitar dos, Pedrín»; «Esos pájaros están zumbándose de caliente»; «Y mucho cuidado, que le cae el bigote». Las revistas infantiles serán el día de mañana una fuente inagotable para conocer el lenguaje afectivo español: «Te mataré, bribón»; «No podrás, mis puños te harán antes polvo»; «Pillastre de siete suelas»; «Despertad, granujas»; «Toma del frasco, Carrasco».

El niño y el muchacho siguen la corriente de los mayores. ¿No tienen un éxito fabuloso las películas de James Bond? Oriana Fallaci define así el héroe: «Egoísta. Astuto. Amoral. Solo como un perro.» Y Harry Saltzman puntualiza: «Las películas de Bond son los *western* de hoy, adaptados a la psicología de hoy. En los antiguos *western* el bueno derrotaba al malo; en estos nuevos *western*, el malo, es decir, Bond, derrota a otro todavía más malo que él» (11). ¿Cómo puede extrañarnos que los niños y los muchachos sientan más interés por *El capitán Trueno* que por los cuento de Andersen?

(11) *La Gaceta Ilustrada*, 27 de marzo de 1965, número 442, pág. 56.

Sólo diez de los veinticinco incluyen los periódicos y las revistas que compran en los puestos en la literatura infantil y juvenil. Pero, literatura o infraliteratura, los chicos leen más revistas que libros. Un curioso balance de preferencias: *Tom y Jerry* lo leen 22; *Hazañas bélicas*, 21; *Hopalong Cassidy*, 20; *El capitán Trueno y Superman*, 19; *Relatos de guerra*, 18; *Hazañas del Oeste*, *Vidas ejemplares*, 17; los que menos aceptación tienen: *Brigada secreta*, 12; *Pulgarcito*, 11; *El príncipe de las brumas*, 2. A dos de los 25 chicos les son familiares 14 títulos; a tres, 13. Dos casos excepcionales: uno compra todos; otro, ninguno. ¿Será verdad lo uno y lo otro?

¿Pueden considerarse estas revistas de temas esencialmente bélicos, de relatos fantásticos, con predominio de la fuerza bruta, factores negativos en la lectura de los niños y muchachos? La respuesta no ofrece dudas. Añádase que esas revistas no despiertan en el niño y en el muchacho el interés por tener una biblioteca; una vez leídas, se olvidan en un rincón, se cambian, se regalan, se tiran.

2. EL FUTBOL

Más de una vez he preguntado a muchachos que ignoraban las cosas más elementales de nuestra cultura la línea delantera de un equipo de primera división y, salvo alguna rarísima excepción, repeticiones nombres familiares el 90 por 100 de los muchachos españoles. El fútbol, de simple deporte, se ha convertido en una industria de alcance extraordinario, tan extraordinario, que en una caracterización del español actual no puede prescindirse de él. Y los futbolistas, ídolos como los toreros o los cantantes melencidos, no han leído. Y han triunfado.

Nuestros muchachos leen poco. ¿Y *Marca*? Dieciséis contestan afirmativamente. *Marca* es diario. ¿Cuántas horas emplean los alumnos al mes, al año, en enterarse de las declaraciones del defensa lateral del X sobre el equipo contrario, de los planes del entrenador del Z a la vista de los enfermos del once enemigo, de los posibles tras-pasos?

3. LA TELEVISION

La pantalla de la televisión es una circunstancia imprescindible en la vida de miles de hogares españoles. Hasta en los barrios más humildes las antenas trepan en busca de imágenes y de voces. Muchas cosas han cambiado al entrar en juego la televisión. La literatura, también. Sería absurdo abordar aquí el alcance de la televisión en la vida de un público que, como primera medida, desaparece en la sombra, y frente a la pantalla, interrumpe la vida familiar. No se hable de que la televisión favorece la vida hogareña. Si no hay diálogo, la familia se descompone en individuos con dos sentidos: vista y oído. Marañón ya insistió en las virtudes del libro y en la tiranía de la radio. ¿Qué diría hoy en el paralelo televi-

sión-libro? La televisión uniformará, como ha hecho la radio, y aun más, la mentalidad del público hasta convertirla en algo mimético, homogéneo. Influye decisivamente en nuestra manera de hablar, es tema de conversación en cualquier esquina (12). Mientras la televisión no tenga la posibilidad de ofrecer más programas, pensará en el gran público, o mejor, en el público grande, numeroso, gregario, y sujetará a ese público, con afán de dominio, a una fácil tiranía. Unamuno denunció el peligro en relación con la prensa: «La prensa, en general, lejos de tratar de corregir los prejuicios y las presunciones del público, tiende a confirmarlas. Hay para ella valores declarados, que es lo mismo que valores sobreentendidos, a que no se puede tocar» (13).

¿Qué representa la televisión para la lectura? En primer lugar, un factor negativo. No todos opinan lo mismo. Pero hay que partir de un hecho indiscutible: la televisión ocupa un tiempo del horario de nuestros alumnos, horario bastante cargado, que acaso, de estar apagada, hubiesen dedicado a la lectura. Una alumna norteamericana, de veinte años, estudiante en España, me dice: «Casi todas las casas norteamericanas tienen televisión. En mi opinión, la televisión hace más daño que el cine. Muchos niños pasan horas y horas enfrente de la televisión diariamente, mientras que sólo van al cine una vez a la semana. Y por eso, claro, niños que normalmente leerían, no leen, porque les gusta más mirar la tele» (14). No se pretende resucitar la posición de «la aldea perdida», sí comprobar un hecho. No sólo es problema de tiempo. ¿En qué medida TVE hace propaganda del libro? En el «Mirador literario» del ABC de 4 de marzo de 1965 el editorialista escribe: «Desgraciadamente, hoy por hoy, nuestra televisión parece haber olvidado el libro. Funcionando doce horas al día, aproximadamente, hacen un total de ciento sesenta y ocho horas cada catorce días. Pues bien: de las citadas ciento sesenta y ocho horas sólo dedica al libro, a su glosa y crítica, doce o catorce minutos escasos, es decir, ni un minuto entero al día. La desproporción es tan superlativa e increíble, que no necesita comentario ni subrayado alguno. ¡Horas y horas diarias para «filmes» de vaqueros, para los deportes, concursos y entrenamientos, inanes, y no se reserva un minuto siquiera para el libro en el país de Cervantes, Quevedo y Galdós.»

¿Qué opinan nuestros alumnos? Un 70 por 100 piensa que la televisión influye negativamente en la lectura. El muchacho tiende al menor esfuerzo; leer implica escoger, elegir; la pantalla ofrece

(12) JOSÉ MARÍA PEMÁN: «El lenguaje expropiado». ABC, 24 de enero de 1964.

(13) *Soliloquios y conversaciones*. Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1942, pág. 132. Véase JOSÉ A. PÉREZ RIOJA, artículo citado, pág. 110.

(14) JOSÉ A. PÉREZ RIOJA, artículo citado, pág. 110. Tiene muy interesantes referencias el artículo de PÉREZ RIOJA; véase el artículo de JESÚS GARCÍA JIMÉNEZ, en la *Revista de Educación*, 1965, núm. 170, págs. 105-111, con bibliografía.

incansablemente a los ojos y a los oídos programas, el mismo programa para todos, pero no siempre el mismo programa. Y al muchacho le atrae la película. Y le atraen las declaraciones del futbolista o del torero, aunque hablen a trompicones y no digan nada que merezca la pena. Y le atraen los partidos de baloncesto y de fútbol. Y le atrae el trasnochar a la menor disculpa. Y le atrae la jovencita que anuncia un jabón maravilloso. «Al libro se le ama —dice Marañón— porque se le puede elegir y porque, al volver cada hoja, nos invita no sólo a pensar, sino a insistir o a rectificar, todo lo cual equivale a conversar»...

4. EL HORARIO ESCOLAR

Los alumnos se quejan del horario escolar y, de cuando en cuando, los padres de familia protestan de que el muchacho, de vuelta a casa, necesite estudiar. Es una realidad amarga, que hasta ahora padres y alumnos no han conseguido modificar sustancialmente, porque de nada sirve que el legislador suprima los deberes en casa sin cambiar el programa de las asignaturas y destierre el memorismo en los exámenes.

Preguntamos a los chicos: «¿Crees que, de verdad, te queda tiempo libre en casa para leer?» La contestación tal vez sorprenda: el 60 por 100 dice: «Sí.» Necesitaríamos conocer el expediente académico de estos alumnos tan optimistas. Demos por buena la respuesta. Surgen al momento nuevas preguntas: ¿En qué emplean ese tiempo? ¿Qué hacen los fines de semana? La mayoría incluye, en el programa de sábado y domingo, la lectura, junto a la televisión, la visita a la finca, el guateque en casa del amigo. Sólo un alumno contesta con sinceridad lapidaria: «Leo muy poco, y cuando estoy aburrido y no hay tele.» La pregunta, acaso, esté mal hecha; al menos no sirve para saber si leen algo positivo o un nuevo capítulo de *Hazañas bélicas*.

Hagamos un recuento: casi todos nuestros alumnos leen el *Marca*, prefieren ir al cine, catorce tienen profesor particular—pongamos una hora alterna—, frecuentan las casas de los amigos, dedican varias horas de la semana a jugar, estudian... ¿Cuándo leen?

LOS AÑOS PASAN

Gracias a la colección publicada por la editorial catalana Araluce—tomitos bien encuadernados, con ilustraciones más que discretas, al precio de 2,75 pesetas—, muchos niños tuvieron oportunidad de conocer historias de Shakespeare, *La Divina Comedia*, *Guillermo Tell*, *La Odisea*, *La Ilíada*, *la Eneida*... A María Luz Morales se deben versiones y adaptaciones inolvidables. Otras colecciones han desplazado a las serie de Araluce. De nuestros muchachos, sólo uno conoce la colección.

En 1920 se traduce al español *El tesoro de la juventud*. Diez de los 25 lo conocen. El tiempo

pasa, y los editores condenan al olvido colecciones completas. Habría que preguntarse si para mejorar o retroceder. Aguilar ha publicado cuatro series de *El globo de colores*. Sólo la tercera parte de nuestros chicos saben que existen.

No sólo ha cambiado la actitud del niño y del muchacho colectivamente. También cambia su gusto como individuo, al margen de las presiones de la época. Libros leídos en unos años, no los volveremos a leer más. Nuestros alumnos no volverían a leer *Dumbo*, el *Quijote*, *El globo rojo*, *Pulgarcito*, *Gulliver*, *Bambi*, *Caperucita Roja*, *Peter Pan*, *Pinocho*, *Alicia en el país de las maravillas*, *Andersen*, *Mickey Mouse*, *Los tres cerditos* y *el lobo*... Salvo algunos ejemplos de dudosísima justificación—jese *Quijote!*—, los chicos renuncian a los cuentos, a los relatos de Walt Disney. Los consideran infantiles, y ellos ya no son niños.

LAS PREFERENCIAS

¿Cuál es el héroe preferido de nuestros alumnos? Creo curioso copiar algunas contestaciones: «El Cid, porque trabaja muy bien en todas las películas que he visto.» «Colón, porque era un hombre valiente.» Hitler, Enyd Blighton. «Jack, por ser amigo de los animales.» «El asesino, porque es el que te intriga más.» «Taras Bulba, porque demuestra ser un cosaco duro y fuerte, y con la responsabilidad de un cosaco.» «El capitán del barco de *La isla del tesoro*, por su crueldad.» «Ivanhoe, por su valentía.» «Rommel, porque me gusta la guerra.»

Una última pregunta nos orienta sobre las preferencias de los muchachos. Lo que más les interesa en un libro es el tema, el argumento. 13 se inclinan, además, por el final feliz, y 12, por los personajes: 10 defienden la calidad moral del libro. Sólo seis valoran los dibujos.

Prefieren los libros de policías y ladrones 18; después, los de guerra; luego, los relatos fantásticos y del Oeste. Las biografías despiertan poco interés; son «rollos». Insisten: el género de aventuras es el mejor. Y un alumno añade: «Y que haya alguna que otra guerra.» Por eso les gustan *La guerra de los comanches*, *El tigre de Malasia*, *¡Hundid el «Bismarck»!*, *La tierra se estremece*, *La isla del tesoro*, *Robinson Crusoe*... Otros, una minoría, se inclinan por los libros de la naturaleza: animales, plantas.

QUE HAN LEIDO

Los libros infantiles y juveniles, como todos, pueden agruparse en dos categorías: los que, por múltiples razones, están de moda unos años, y los clásicos de aceptación universal. *Corazón*, de Edmundo d'Amicis (1846-1908), consigue, en 1886, un éxito extraordinario. «Se convirtió en el escritor más leído de Italia», comenta Vossler. Desde 1886 muchos niños han llorado con la lectura

de *El tamborcillo sardo* o *De los Apeninos a los Andes*. ¿Y ahora?

En la encuesta hemos tenido en cuenta 25 títulos. No se vea en la selección un criterio determinado. Faltan intencionadamente algunos; tal vez sobren otros. En conjunto, son libros que han leído—hemos leído—generaciones y generaciones. ¿Y ahora?

Teniendo en cuenta las respuestas de los chicos, podemos llegar a algunas conclusiones. Nadie ha leído leyendas tan conocidas como *Maese Pérez el organista*, ni *El libro talonario*, ni ¡*Adiós, cordera!*, ni las *Aventuras de Pipo y Pipa*, ni las de Celia... Y con un solo lector cuentan *El conde Lucanor*; *La buenaventura*, de Pedro Antonio de Alarcón; *El viaje de Nils*, de Selma Lagerlof. Los títulos de la literatura clásica española no interesan a los chicos: ni *Lucanor*, ni el *Lazarillo*, ni Bécquer, ni Alarcón. Caso excepcional: *Platero y yo*, con 15 lectores; han aprendido muchos a leer en él.

Corazón, demasiado sentimental, sólo cuenta con cuatro lectores. Extraña el escaso éxito de *Flor de leyendas*, uno de los libros que todos los niños españoles deberían leer. Extraña también el número de lectores de *Marcelino Pan y Vino*—sólo 11—, de extraordinario éxito hace unos años.

Los cuentos de Charles Perrault siempre han sido lectura predilecta de los niños. En cualquier país. ¿Quién no ha leído *Piel de Asno*, las hazañas de Pulgarcito, *El gato con botas*, *La Cenicienta* o *Capucita Roja*? Perrault destinó sus cuentos a un público, en principio, no infantil. Pero los niños, como en otras ocasiones, se apropiaron de ellos, y los protagonistas de los *Contes de fées* son familiares a lectores de cinco a once años. Lo mismo que los *Cuentos para niños* de los hermanos Grimm, y que los cuentos de Andersen. A esos tres clásicos—Perrault, Grimm, Andersen—hay que añadir las aventuras de Walt Disney y las aventuras de Pinocho, y *Alicia en el país de las maravillas*, del matemático Charles Lutwidge Dogson, conocido por el seudónimo de Lewis Carroll.

Todos son títulos clásicos entre los niños. A medida que pasan los años, se buscan otros géneros: los de aventuras, de viajes. Por eso no ha decaído la fama de Julio Verne, ni de Emilio Salgari, ni de Zane Grey, ni de James Oliver Curwood, ni de Edgar Rice Burroughs.

Los resultados de la encuesta orientan sobre las preferencias de nuestros alumnos y, en general, de los chicos de su edad: desconocen prácticamente las obras clásicas, desconocen la literatura del XIX. Les interesan los cuentos para

niños de Perrault, Grimm, Andersen; mejor, les interesaban. Les interesan hoy las novelas de ficción, de protagonistas invencibles y aventuras extraordinarias.

La lista tiene una validez relativa. Si hubiésemos añadido otros títulos—por ejemplo, Kipling, Stevenson—, ¿qué habrían contestado? Hay una pregunta al final: «¿Qué libros añadirías a la lista?» Once no añaden ninguno; otros—conservo su ortografía—añaden: de indios y de guerra; los de Enid Bilton; los de misterios y de Emilio Salgari; *Peter Pan*, *Taras Bulba*, *La isla del Tesoro*; *Animales y Plantas*, *Monumentos*; *Las mil y una noche*, *La isla misteriosa*, *El Cid*; colecciones *Aventura e Historia*; *Tintin*, *Oliver Twist*, el *Quijote*, *Luiso*...

A casi la mitad de los alumnos no se les ocurre ningún título. Otros repiten autores mencionados o mencionan títulos imprecisos. ¿Pueden tenerse en cuenta las sugerencias de incluir el *Quijote*, *Taras Bulba*, *Oliver Twist*? Merecen considerarse otras propiedades: *La isla del tesoro*, *Tintin*, *Peter Pan*; Enid Bilton; *Luiso*.

La pobreza de las respuestas a esta pregunta concreta, ¿nos hace desconfiar de las contestaciones a la anterior? Acaso nuestros alumnos hayan leído más títulos y no los recuerden en el momento de contestar. Pero ya es un síntoma el olvido de esos posibles títulos (15).

FINAL

Hemos llegado al final. Nuestros alumnos han contestado con bastante sinceridad—no les hemos exigido que firmen—; salvo raras, rarísimas excepciones, podemos fiarnos de sus respuestas. Respuestas a una entrevista hecha a 25 muchachos en mesa redonda. Son simplemente datos; a los alumnos no les hemos pedido más. Creo que, a pesar del número y de la limitación de la clase social, pueden orientarnos. ¿Remedios? El artículo no pretende sugerir; tan sólo recoger lo que 25 chicos nos han dicho sobre un tema que a nosotros, los mayores, nos apasiona (16).

(15) Autores u obras incluidas en la lista: don Juan Manuel, el *Lazarillo*, Perrault, Grimm, W. Disney, Andersen, d'Amicis, Bécquer, Alarcón, Leopoldo Alas (¡*Adiós, Cordera!*), Verne, Carrol, *Pinocho*, *Pipo y Pipa*, J. R. Jiménez, *Celia*, *Rice*, *Heidi*, Lagerlof, Salgari, Grey, Curwood, *Marcelino Pan y Vino*, *Flor de leyendas*, *Atila*, de Luis de Dlego; M. Buñuel (*El niño, la golondrina y el gato*).

(16) Orientan sobre el tema: AURORA MEDINA: *Bibliografía infantil recreativa*. Madrid, Ministerio de Educación Nacional, 1958, y JOSÉ A. PÉREZ RIOJA: *Mil obras para jóvenes*. Madrid, Dirección General de Archivos, 1952.